

**Prólogo a la novela histórica, *La Mansión*, de Miguel Calderón Fernández, Universidad Nacional de Costa Rica, Editorial Kamuk, 2017.**

El siglo XIX fue una centuria primordial en la historia de América Latina por su carácter formativo, un grupo de importantes razones así lo demuestra; dentro de ellas sobresalen dos cuyos legados en larga duración llegan a nuestro siglo XXI. La primera fue su accidentado proceso de inserción en la órbita del capitalismo mundial. En Europa Occidental la transición capitalista comenzó en líneas generales con el inicio de la modernidad a principios del siglo XVI. Las revoluciones burguesas fueron las banderas de aquel proceso. Siglos más tarde la expansión del capitalismo industrial ocurrió con fuerza sorprendente desde fines del XVIII y el conjunto del XIX. A mediados del último siglo Norteamérica y Japón se incorporaron a tal evolución internacional. América Latina lo hizo a partir 1830 aproximadamente desde una posición periférica y condicionada a la producción de materias primas para las emergentes industrializaciones de aquellos y otros países europeos, que por lo general tenían precedentes colonizadores. Para 1910 la entrada latinoamericana al circuito capitalista universal ya había finalizado en su mayor parte. Varias de las deformaciones estructurales del continente se configuraron durante tal inclusión, ahondando de ese modo la asignación como receptor de manufacturas a la vez que productor de materias primas, recibida siglos atrás por parte los países metropolitanos y sus mercados. Esa realidad histórica adquirió proyecciones de larga duración hasta el presente.

La segunda razón antecedió a la primera y perfiló también la historia global de Latinoamérica durante buena parte de los años de 1800, se trató del ciclo independentista continental iniciado alrededor de 1809-1811 cuyos antecedentes remontan a los finales del siglo XVIII con la Revolución de Haití de 1791. La secuencia emancipadora concluyó en lo fundamental entre 1826-1830. Dos posesiones de ultramar quedaron todavía en manos de la metrópoli española después de esa fecha, Puerto Rico y Cuba. Sus cursos libertarios comenzaron décadas después cuando en 1868 se produjeron casi al unísono los estallidos liberadores conocidos como el Grito de Lares y el alzamiento de Demajagua, respectivamente.

Una vez alcanzadas formalmente las independencias americanas estas dieron paso a la creación de los actuales Estados nacionales, asunto que se desarrolló mediante una intrincada madeja histórica que es posible cartografiar a través de los procesos de pugnas postindependencias entre conservadores y liberales así como las llamadas reformas liberales. El fin del ciclo emancipador en Costa Firme (territorio continental) también viabilizó el paso y la consolidación pública de un sujeto social nacido al calor de las luchas anticoloniales: el caudillo. Sus orígenes en las lidias independentistas, el acceso que tuvo al poder político a partir de las postindependencias y sus capacidades personales y de actuación pública, fueron factores asociados a su figura a lo largo del siglo XIX. Pero la combinación de méritos combatientes, potestades gubernamentales y rasgos personales no siempre fue equilibrada en cada uno de ellos ni en los países a los cuales pertenecieron. José Martí (1853-1895) alertó con estudiosas palabras e inteligentes críticas los desempeños gubernativos de no pocos caudillos del continente. No obstante, al finalizar el siglo XIX su figura ya formaba parte del imaginario político de la mayoría de los jóvenes Estados nacionales latinoamericanos. Su representación

era uno de los frutos y legados del proceso independentista, de allí el hecho de reconocer en él una personalidad esencial para el conocimiento de nuestras historias nacionales.

El caudillo latinoamericano del siglo XIX si bien tradicionalmente provenía de la esfera militar también podía proceder de la civil. Su aureola conformó una de las imágenes de los procesos independentistas o de sus resultados. Surgido en los avatares de la formación de los Estados nacionales, muchos de ellos fueron y son vistos hasta el presente como padres fundadores de los mismos, deviniendo en iconos nacionales en nuestros países. La canonización histórica e ideológica de sus imágenes prendió con fuerza en los imaginarios populares del continente. Un factor que contribuyó a dicha visualización en las mentalidades del siglo XIX fue la tradición de veneración católica a sus imágenes santorales como encarnaciones de seres humanos con atributos especiales, de allí que el icono del caudillo fue creciendo en el campo del patriotismo con un hálito de sagrado. Muchas veces fue visto como una figura cimera cuyo rostro se ha plasmado sobriamente en pinturas y esculturas cuasi míticas acorde también al papel de la personalidad en la cultura occidental.

Con la llegada del siglo XX el caudillo devino en símbolo sagrado del pasado histórico, en figura nacional, héroe icónico cuya imagen se fue haciendo pétrea en las manos de sus historiadores e historiografías nacionales. En torno a ellos se construyeron historias marmóreas y sagradas desde las cuales se reunían todos los argumentos necesarios para alcanzar el clímax del nacionalismo político e ideológico. Sin embargo y a un mismo tiempo, en la medida que aquellas producciones historiográficas fueron avanzando la humanidad de su vida iba quedando en un segundo plano hasta reducirse muchas veces a pocos párrafos dentro de esos textos. Esta escritura de carácter ideológico fue consagrando la figura pública y héroe popular del caudillo en un héroe pétreo perteneciente al panteón nacional de cada país; tal consagración fue limitando progresivamente su natural humanidad. Sus dilemas cotidianos, aciertos y errores, aspiraciones personales, debilidades, pasiones o sus mundos familiares, fueron soslayados en muchos casos o tildados de chismografía. Ambos extremos no fueron buenos y a la postre crearon una apreciación algo distante entre él y el sujeto común del pueblo. El resultado fue que muchos ciudadanos no pudieron concebir, ni conciben hasta el día de hoy, que sus héroes nacionales lloraban, padecieron de enfermedades o dedicaron parte de sus vidas a cultivar sus familias y a educar a sus hijos, por apenas citar algunos ejemplos.

En Cuba la tradición independentista de las luchas anticoloniales de siglo XIX (1868-1898) produjo una sólida Literatura de campaña que edificó un panteón histórico con importantes héroes nacionales, entre lo que se destacan: Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Calixto García, Vicente García, Máximo Gómez, Antonio Maceo y José Martí. Algunos de ellos encarnaron ciertas características del caudillo latinoamericano de la centuria.

En ese notorio grupo encontramos la figura de Antonio Maceo Grajales (Santiago de Cuba, 14 de junio de 1845- Punta Brava, La Habana, 7 de diciembre de 1896). Considerado uno de los grandes héroes nacionales de Cuba, Antonio Maceo simboliza no sola las luchas por la independencia contra el dominio español, sino además, la participación popular dentro de aquel proceso revolucionario y la resistencia nacional ante las dificultades y prolongaciones de la gesta insurreccional. El 10 de octubre de 1868 se inició en Cuba la primera revolución

independentista, Maceo, como popularmente se le conoce en Cuba, se incorporó tempranamente y fue ascendiendo paulatinamente hasta alcanzar el grado de mayor general del Ejército Libertador. Antes de concluir la Revolución de 1868, el 15 de marzo de 1878, protagonizó la llamada Protesta de Baraguá, desde la cual adquirió la condición de líder político en la misma medida que militar. En aquel hecho histórico manifestó tajantemente a la máxima autoridad militar española en la isla su inconformidad de terminar la lucha armada sin lograr la independencia isleña.

Al igual que otros, como el General en Jefe Máximo Gómez Báez (1836-1905), ya desde el final de esa contienda Maceo poseía una imagen mítica como caudillo militar y dirigente político que se proyectaba desde sus excepcionales cualidades para ambas actividades, así como una fortaleza física sin par que le había permitido sobrevivir a varias heridas de guerras. A partir de tales características un consagrado intelectual revolucionario de la época, Manuel Sanguily, le otorgó un calificativo mitológico con el cual hoy también se le conoce dentro y fuera de la isla, el Titán de Bronce. Si bien los titanes provienen de la mitología occidental de raíz greco-romana, Sanguily atemperó tal capacidad con el color bronceado de su condición de mulato y hombre libre.

Al finalizar la Guerra del 68 muchos de estos dirigentes militares y civiles se ubicaron en diferentes puntos de la geografía latinoamericana en espera de la segunda contienda liberadora del país; esta comenzó el 24 de febrero de 1895 y es conocida hasta hoy como la Revolución de 1895 contando con la previa organización de José Martí, uno de los grandes intelectuales orgánicos del siglo XIX latinoamericano. Fue precisamente Martí quien en un “invierno de angustia” alertó acerca de la urgente necesidad de una segunda y definitiva independencia continental antes las apetencias económicas de los Estados Unidos al comenzar la última década del XIX. Antonio Maceo fue uno de los grandes artífices de esa segunda liberación latinoamericana.

Vivió en varios países de América: Jamaica (1878), Estados Unidos (1878), Jamaica (1878), República Dominicana (1879), Haití (1879-1881), Honduras (1881-1884), Estados Unidos (1884), México (1884 y 1885), Panamá (1886, en aquel momento provincia de Colombia), Jamaica y Panamá (1886-1887), Perú (1888), Cuba, Estados Unidos y Jamaica (1890), Estados Unidos (1892) y Costa Rica (febrero de 1891- marzo de 1895). Fue en Costa Rica donde permaneció el mayor tiempo de su periplo americano; de allí el hecho de comprender porque en la historiografía costarricense también es uno de sus personajes históricos, aunque lógicamente sin la dimensión que en la cubana.

Ya en vida de Antonio Maceo la Literatura de campaña del independentismo cubano le dedicó un reconocido espacio. Una vez fallecido, a mediados de la Guerra Necesaria del 95, su historiografía comenzó a crecer a ritmos impresionantes al punto de que en el presente existe una historiografía maceista cubana de extensa tradición y asombrosa producción escritural. Tales obras se encargaron de construir su mito nacional y al estilo latinoamericano frecuentemente no priorizaron la perspectiva humana del hombre, centrándose muchas veces en el quehacer militar y político. Como resultado de lo anterior su actual imagen forma parte del arsenal ideológico de la nación, pero a un mismo tiempo es difícil conocerlo a través de sus

aristas personales o desde otras áreas del conocimiento social, como es el caso de la literatura y específicamente en la novela.

Siendo Maceo una personalidad histórica conocida por una parte del pueblo y los intelectuales costarricenses, también desde Costa Rica se ha generado una interesante historiografía maceista que abarca textos históricos y literarios. Un vistazo al conjunto de estas obras nos perfila un creciente interés en los últimos quince años por la figura del legendario cubano en la tierra de otro gran héroe, Juan Rafael Mora Porras. Dentro de esa producción se incorpora con muy buenos augurios la novela *La Mansión*, escrita por el intelectual costarricense Miguel Calderón Fernández. Su trama nos refiere la vida de Maceo en Costa Rica a través de su proyecto económico en Nicoya, donde fundó aquella mítica propiedad llamada por él La Mansión, colonia de cubanos independentistas amantes de Costa Rica y enamorados de su patria esclava.

El Profesor Catedrático y máster Calderón Fernández ha ejercido por veinte años la ardua labor de la docencia y la investigación universitaria en la Universidad Nacional de Costa Rica, desde la Sede Regional de Brunca en Pérez Zeledón. Autor de dos libros de cuentos, *Cuentos de la bonga* (2014), y *Cuentos para un final* (2016), el profesor Fernández nos entrega esta vez su segunda novela, esta lleva por título el nombre de la finca fundada por Antonio Maceo y los cubanos que lo acompañaron en Costa Rica entre 1891-1895. Recientemente Fernández incursionó en la vida de Maceo cuando publicó un magnífico ensayo sobre sus relaciones con el liberalismo en la obra colectiva *Costa Rica en Antonio Maceo* (2016).

Esta novela no es un exhaustivo recorrido cronológico e histórico por la vida de Maceo al estilo de una monografía tradicional, sino la recreación novelada de varios pasajes de la vida caudillo cubano en Costa Rica. Muchos se tomaron de la abundante consulta de textos históricos sobre el Titán publicados ambos países, otros fueron recreados como recurso eficaz y feliz del género novelístico. No encontrará el lector una delimitación o advertencia entre la información histórica empleada y las aportaciones subjetivas del autor; por el contrario, la mezcla constante e inteligente de ambos contenidos es uno de los mayores éxitos de la novela. Dicha hibridación es tan válida y lograda como la hecha por cualquier historiador en su obra, ya que la subjetividad es una condición humana inherente tanto al historiador como al novelista. Cuando ambos escriben median entre ellos y sus plasmaciones escriturales las subjetividades de sus formaciones educativas y familiares, los intereses y filiaciones sociales e ideológicas, las relaciones de sociales y de poder en las cuales se encuentran insertos, así como las características de la época en que viven.

El condicionamiento mental e intelectual de los factores antes mencionados conforman la subjetividad de uno y otro. Muchas veces el historiador tradicional desdeña o coloca en segundo plano la novela frente al documento de archivo porque según él la primera ficciona la realidad, mientras que el texto documental no. Tal selección es de por sí un acto subjetivo y de poder queriéndose olvidar el viejo precepto de que la historia se escribe a partir de diversos intereses, o sea, desde el poder; por tanto, un documento de archivo también “recrea” el hecho que muestra. Ante el rechazo de ciertos historiadores por la novela no está demás recordarles que la historia no es como ellos la escriben o les gusta que hubiera sido, sino como fue. Es tan

subjetiva una obra histórica como una literaria porque ambas fueron creadas por un mismo autor, el hombre. El historiador, consiente o inconscientemente, también “ficciona” la realidad que estudia y explica.

La novela *La Mansión* es una entretenida y amena obra que nos humaniza la figura de Antonio Maceo sin hacer concesiones comerciales o chismográficas. Apoyado en un refinado humor sarcástico se narran en ella momentos y anécdotas de la vida social y personal de Maceo en Costa Rica. Al presentar las distintas situaciones en las que participa o se ve envuelto el Héroe de Punta Brava, Calderón Fernández lo hace sin demeritar en ningún instante la grandeza de su mito; contrariamente, los sucesos que nos relata resaltan una constante admiración por el intelectual orgánico e independentista latinoamericano. Miguel Calderón supo encontrar además un fino equilibrio narrativo entre las diversas y reales vivencias biográficas de Maceo y las aportadas por él. Asimismo ocurre con los hechos mencionados de la historia costarricense, la cubana y la universal, estos fueron amalgamados con soltura y elegancia escritural.

La novela es una hermosa contribución a la diversificación de la imagen tan severa y formal con la cual los cubanos conocemos mayormente a Maceo. Los avatares de Maceo y su tropa insurrecta, a través de la geografía costarricense, tienen un rico valor para los amantes del Titán y cualquier lector al emprender junto a ellos los sucesivos viajes entre La Mansión y la ciudad de San José en aquel tiempo. Aprovecho el privilegio que me ha concedido Miguel Calderón Fernández al escribir este breve prólogo para señalar que en su obra encontré un personaje fascinante, Turrialba. Sin adelantar ninguna información o trama diré que la relación entre ese pequeño niño y el general cubano nos permite imaginar una faceta de Maceo que todavía hoy en Cuba nos resulta distante: la dulce ternura del padre que pudo haber sido, condición humana que por sí sola aquilata el valor total de la novela.

Como historiador no puedo afirmar que todo lo narrado aquí haya ocurrido en la vida personal de Antonio Maceo, pero la necesaria imaginación sociológica que todo historiador debe poseer me permite leer con sumo agrado una historia imaginada de lo que tal vez pudo haber sucedido; porque la propia historia nos enseña que por más “objetivos” que seamos sus escritores, difícilmente podamos reproducir o presentar los hechos como exactamente ocurrieron. Como novela histórica cumple eficazmente todos los requisitos, por lo que aplaudo con alegría y doy mis sinceros parabienes al autor.

Por último, no es ocioso de decir que *La Mansión* ensancha aún más las historiografías literaria e histórica maceistas de los dos países. Enhorabuena para Miguel Calderón por estrechar aún más los lazos de historia y amistad entre Cuba y Costa Rica. Ambas naciones comparten afinidades históricas que son unidad por la vida y obra de un independentista latinoamericano excepcional: Antonio Maceo Grajales, hombre y héroe que se enamoró de Costa Rica sin dejar de amar a su adorada Cuba.

Dr. Antonio Álvarez Pitaluga.  
Universidad Nacional de Costa Rica.